

Fray Manuel de Tuya O.P.

Parábola de los invitados a la boda del hijo del rey.

Esta parábola de los invitados a la boda del hijo del rey, en su fórmula compleja, tal como aparece en el evangelio de Mt, es propia de este evangelio. La doctrina se acopla, en estos últimos días de la vida de Jesús, como un anuncio profético de la muerte que Él recibirá, del castigo que recibirá Israel y de la vocación al ingreso de los gentiles en su reino.

El evangelista destaca que Jesucristo va a hablar en parábola. Pero ya se indicó que esta palabra por sí sola no exige una interpretación parabólica en sentido técnico, pues su traducción griega responde al hebreo *mashal*, y significa todo dicho o exposición de tipo comparativo o sapiencial. Por eso, para su interpretación, lo mismo puede ser parábola que alegoría. Es el contexto el que dirá qué criterio de interpretación ha de usarse.

Lo que pretende «compararse» o enseñarse con esta parábola está abiertamente transmitido por el evangelista: «El reino de los cielos es semejante a...» Es una de las formas evangélicas ambientales de iniciar la parábola.

Esta alegoría, con elementos parabólicos, está trazada, como es tan frecuente, con algunos elementos y desarrollo no verosímiles, pero que precisamente se usan así por su valor pedagógico, no para narrar una escena usual, sino para subrayar intencionadamente, con esos elementos, puntos doctrinales que quieren enseñarse y destacarse. La alegoría está trazada con rasgos precisos y cortos; no se utilizan casi elementos innecesarios.

Un rey hace preparar el suntuoso banquete oriental para celebrar las bodas de su hijo. Hecho esto, el rey manda a sus siervos a llamar a los invitados a las bodas. El rasgo no es de lo más natural. El banquete no está nunca preparado cuando se manda llamar a los invitados. Pero, una vez llamados, éstos no quieren venir. Rasgo irreal, pero deliberadamente utilizado para fijar un punto doctrinal, ya que una invitación de un rey oriental es una orden. En vista de este desaire, envía nuevamente a otros siervos, con la orden de invitarlos nuevamente y apremiantemente, pues el banquete estaba ya servido: «Decid a los invitados: Mi comida está preparada...; todo está pronto; venid a las bodas». Pero los invitados, desdeñosos con el rey, no hicieron caso, y se fueron unos a su campo, otros a su negocio.

Y otros (v.6), no contentos con despreciar la invitación de los siervos del rey, «los cogieron, los ultrajaron y les dieron muerte». Rasgo irreal.

A la vista de esto, el rey, airado, «envió sus ejércitos» e hizo «matar a aquellos asesinos y dio a la ciudad a las llamas». En un rey oriental, dueño de vidas, esto era un rasgo ambiental.

Después dijo a sus siervos: El banquete está preparado, pero los invitados

resulté que no eran «dignos» de venir a él. Por eso, «id a las salidas de los caminos y a cuantos encontréis, llamadles a las bodas». Los siervos salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, «buenos y malos». Y la «sala de bodas quedó llena de comensales».

El banquete se está celebrando sin el rey. El rey «entró para ver a los convidados». Lo contrario supone el banquete que Herodes Antipas da a los notables de Galilea (Mc 6,21-27). No parece tampoco normal este rasgo considerado en el «tipo». Pero tiene su intención, por el valor alegórico con que se interpretará en el «antitipo». Ya dentro, vio a un convidado que no llevaba el «vestido nupcial». Sobre esta costumbre se ha escrito o supuesto mucho; sea que los señores que invitaban diesen el traje conveniente, sea que fuesen así vestidos por su cuenta. Se cita un *mashal* rabínico en el que un rey invita a un convite, y se recomienda a los invitados que vengan con trajes festivos. Esta etiqueta, dada o propia, se impone por sí misma en esta clase de banquetes regios. Pero no deja de extrañarque, si la casa real hubiese proveído a los convidados, éste no hubiese acudido con el «vestido nupcial». Es otro motivo más del sentido convencional que se pone en el «tipo», por su valor alegórico, doctrinal, en el «antitipo».

Al verlo así, el rey le dice extrañado: «¿Cómo entras aquí sin et vestido nupcial?» Pero él no supo qué decir; permaneció «callado».

Entonces el rey ordenó a sus sirvientes que le atasen de pies y manos y le arrojasen a las tinieblas exteriores. «Allí habrá llanto y crujiir de dientes».

Y la alegoría termina con esta sentencia, utilizada aquí por Jesucristo, la catequesis o el evangelista: «Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos».

¿Es ésta una sola alegoría, o son varias mixtificadas o yuxtapuestas?

Conviene notar que la sentencia del versículo último: «Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos», no es conclusión directa del contexto, sino una o varias alegorías.

En el texto de Mt se nota al punto, comparado con Lc (14,16-24), una narración análoga, excepto en detalles. Sea o no sea la misma alegoría, el contenido, expuesto de manera diversa, parece que fundamentalmente es el mismo.

Por otra parte, en Mt, los v.6-8 introducen un nuevo aspecto, una idea distinta de la comparación fundamental que se da en los versículos antes dichos. ¿Se trata, pues, de una nueva parábola? Parece que no se trata sólo de una simple idea relacionada con la anterior—castigo del rey a los invitados descortes—, sino que se trata de una verdadera situación totalmente distinta del contenido expresado en el primer cuadro. Pues no solamente es extraño que los invitados que no quieren asistir al banquete maten a los siervos que les traen la invitación, sino que lo que desorbita totalmente el cuadro es que el rey envía sus «ejércitos» contra estos invitados homicidas—

¿cuántos?—, y, aún más, da orden de «incendiar la ciudad» de estos invitados. Esta desproporción tan grande entre un número reducido de invitados, como naturalmente supone la pintura del «tipo», y su contraste de enviar contra ellos nada menos que sus «ejércitos», y, además, les «incendia la ciudad», todo esto hace ver que se trata de situaciones y cuadros distintos, aunque tengan un contenido más o menos análogo. A esto mismo lleva la ausencia de esta segunda parte en la alegoría análoga que retransmite Lc en el pasaje citado (Le 14,16-24).

«Cada una de estas parábolas es muy clara y muy armoniosa, tomada individualmente. Juntadas, sobre todo fundidas conjuntamente, chocan entre sí y se oponen. Si establecemos la separación primitiva de estos dos hechos diferentes, las dificultades serias desaparecen como por encanto».

Pero también interesa considerar otro aspecto en la alegoría que comienza con el v.11. El rey entra en el salón del banquete «para ver a los que estaban a la mesa», y encuentra un invitado sin el «vestido nupcial», y lo manda castigar y expulsar. Este aspecto, ¿es ajeno a la estructura de las dos alegorías o es parte integrante de la primera?

En primer lugar se ve que la enseñanza que se busca con este relato de asistir al banquete nupcial con el «vestido nupcial» es un elemento doctrinal distinto de la enseñanza fundamental y distinto de la misma estructura de los cuadros anteriores. ¿Podría ser una enseñanza secundaria aun dentro de estos mismos cuadros? Se diría que tiene demasiado relieve para considerársela solamente como un elemento integrante y secundario de la alegoría primera.

Pero hay otros dos datos que orientan hacia la valoración independiente de la estructura fundamental de los cuadros alegóricos anteriores. Y son los siguientes:

a) El análogo paralelo que se lee en Lc (14,16-24) tampoco expone en su alegoría esta otra hipotéticamente parte integral de la misma.

b) En la alegoría primera, una vez que los invitados no quieren venir al banquete, el rey manda a sus siervos que salgan y traigan a cuantos encuentren en el camino: «malos y buenos». Y añade: «la sala de boda quedó llena de convidados».

Pero si, por hipótesis y como estructura de un cuadro, se concede ya que en la sala de bodas se admitieron, hasta llenarla, «malos y buenos», no se concibe cómo en la misma estructura de ese mismo cuadro se ponga como elemento integral del mismo el que, al entrar el rey en el salón de fiestas, encuentre allí entre los invitados a uno que no había entrado con el «vestido nupcial», ya que el sentido alegórico de los invitados que se han presentado con el «vestido nupcial» «son los buenos», así como ese que no tiene el «vestido nupcial» pertenece a los «malos». Y también choca fuertemente que, habiendo allí varios o muchos «malos», el rey sólo se fije y mande expulsar a «uno»: el único de los varios o muchos «malos» que no tenían el

«vestido nupcial».

Todo esto orienta a pensar que se trata de un cuadro, o parte de un cuadro, que tuvo su contexto propio, y que aparece aquí recortado o unido a estos dos cuadros o alegorías a causa, acaso, de haber tenido una introducción análoga a la narración actual, o, en todo caso, reducido a estos elementos a causa de la enseñanza conjunta que con ellos quería darse.

Así resultaría que se encuentran aquí tres alegorías o tres partes de alegorías fundidas o yuxtapuestas en este pasaje de Mt, junto con una sentencia final, independientemente, pero de algún modo relacionada con el conjunto. Esquemáticamente serían éstas:

1) Alegoría de los invitados descorteses e invitación de nuevos comensales (v.1-5.8-10).

2) Alegoría del castigo infligido por el rey a los que mataron a sus siervos (v.6-7).

3) Alegoría del «vestido nupcial» (v.11-13).

4) Sentencia doctrinal final (v.14).

CONTENIDO DOCTRINAL DE ESTAS ALEGORÍAS

PRIMERA ALEGORÍA: Invitados descorteses e invitación de nuevos comensales (v.1-5.8-10).-1) El «rey» es Dios. 2) Su «hijo» es Jesucristo, el Hijo de Dios. 3) El «banquete de boda» que Dios prepara es el reino mesiánico. Las dos imágenes predilectas con que los profetas describen los días mesiánicos son precisamente la de un «banquete» (cf. Is 25,6; 65,13; Cant 5,1) y la de «bodas» (cf. Os 2,21. 22; Is 61,10; 62,5, etc.).

Dios, el Padre, prepara el «desposorio» de su Hijo con Israel bajo la imagen, tan clásica y usual en los profetas, de un banquete de bodas. La promesa del Mesías, que vendría a Israel, se cumple. Hay que celebrarlo y aceptarlo. El Mesías desea desposarse con Israel. Pero éste lo rechaza.

4) Los «siervos» que salen primeramente en dos tiempos, de parte de Dios, a invitar a Israel a que venga a estas bodas mesiánicas, hay que situarlo en los días de Cristo. No son, pues, los profetas. Es primeramente Juan el Bautista y son después los apóstoles—podría ser la misión galilaica—quienes invitan, predicán, llaman a Israel a que venga, a que ingrese en este festín mesiánico del desposorio del Hijo de Dios con ellos. El rey manda a decir a sus siervos que insistan, que apremien a venir a sus «invitados». Que les digan: «Mi comida está preparada; los bueyes y animales, cebados, y todo está preparado; venid al banquete». Nótese la semejanza literaria con el pasaje de Isaías antes citado (Is 25,6).

5) Pero los «invitados» despreciaron la invitación apremiante a venir al banquete mesiánico de Israel. Los autores se dividen al precisar este punto.

Generalmente admiten los autores que estas dos primeras invitaciones de Mt se refieren a Israel. Y que, ante su rechazo, la invitación tercera que se hará (v.9-10) se referirá a los gentiles. Es punto discutible.

6) En vista de esta repulsa y estando ya el «banquete» preparado —presente y establecido el reino mesiánico—, no ha de quedar sin lugar su objetivo. Otros entrarán en él. Estos primeros invitados «no eran dignos». El rey manda a sus siervos—apóstoles, Pablo, etcétera—que salgan «a la bifurcación de los caminos, y a cuantos encontréis, llamados a las bodas». Y los siervos salieron, y a todos cuantos encontraron, «malos y buenos», los reunieron, y la sala de bodas quedó llena». ¿Quiénes son estos «malos y buenos» y a quiénes se contraponen?

Como antes se dijo, los autores, generalmente, admiten que esta tercera llamada se refiere a la vocación de los gentiles.

Lo que puede verse por un simple análisis exegético es que la invitación a estos nuevos comensales se hace en la misma tierra: sólo consiste en que los siervos salen de la ciudad del rey a buscar a estas gentes «en las bifurcaciones de los caminos». ¿Se quiere expresar con esto que quedan las vías abiertas a todo el que venga por ellas, judío o gentil? Tal vez. Pero no es evidente esta suposición.

Tendría a su favor la historia de la predicación evangélica, cómo debió de comenzar por «Jerusalén, Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra» (Act 1,8), y cómo los apóstoles comienzan a predicar a los judíos, mas, al ser rechazados por éstos, se vuelven a los gentiles (Act 18,6). Pero no es éste un argumento decisivo.

En cambio, cabría interpretarlo todo lógicamente en otra hipótesis, que, además, da razón de un importante detalle literario. La alegoría se refiere sólo a los judíos. Se referiría, con los primeros mensajes, a los dirigentes religiosos de Israel, a los que deberían saber que El era el Mesías, a los que podían «juzgar» que los días del Mesías estaban presentes (Mt 16,1-3). Los fariseos rechazan al Mesías, y entonces la invitación se hace más apremiante—la sistematización gradual de invitaciones se explicaría por artificio literario—a que ingresen en el reino las clases no dirigentes ni cultivadas, las clases cultivadas y el pueblo, despreciado por los rabinos por no conocer la Ley como ellos (Jn 7,49). Así se explicaría bien el que se hace ingresar en el reino a todos los que se encuentran, «buenos o malos». Los «malos» serían las gentes más despreciables de la sociedad judía: los pecadores, los publicanos, las meretrices. Precisamente Jesucristo, contraponiendo esto en la parábola de los dos hijos enviados a la «viña» (Mt 21,28-32), a los «príncipes de los sacerdotes y a los ancianos» (Mt 21,23), y entre ellos a los fariseos, les dice: «en verdad os digo que los publicanos y las meretrices os preceden en el reino de Dios» (Mt 21,31).

Es tema discutible, en el que caben las dos interpretaciones propuestas, pero la solución que se adopte ha de conjugarse con la fecha de composición del evangelio, al menos, griega de Mt.

SEGUNDA ALEGORÍA: Alegoría del castigo infligido por el rey a los que mataron a sus siervos (v.6-7). Admitido que se trata de una alegoría, originariamente distinta e independiente de la anterior y situada aquí, sintéticamente, por una cierta analogía temática, su interpretación doctrinal es semejante a la conclusión de la alegoría de los (viñadores homicidas» (Mt 21,33-41 y par.).

- 1) El «rey» es Dios.
- 2) Sus «siervos» enviados serán, acaso, en la alegoría original, los profetas; pero en esta perspectiva literaria son el Bautista, los apóstoles, los discípulos misioneros de Cristo, de los cuales varios ya fueron ultrajados y muertos.
- 3) Los «asesinos» son los elementos del pueblo judío que causaron este ultraje y muerte a estos siervos de Dios.
- 4) El rey que envía «sus ejércitos» para que «maten» a aquellos homicidas e (incendien la ciudad», no es necesario interpretarlo de la destrucción del Jerusalén por las tropas de Tito el año 70, ya que los elementos que se citan no pasan, de suyo, del clisé con que se describen en el A.T. este tipo de catástrofes.

TERCERA ALEGORÍA: Alegoría del «vestido nupcial» (V.11-13).

Los elementos alegóricos de este nuevo cuadro son los siguientes:

- 1) El «rey», que en otro cuadro, y acaso en el suyo propio, pudiera ser Jesucristo juez, en esta perspectiva literaria es Dios.
- 2) El «banquete» es el reino mesiánico, y probablemente presentado bajo el aspecto de alegría y gozo.
- 3) El «vestido nupcial» son las disposiciones morales requeridas para participar en el reino. La unión a él por la fe se supone en todos los convidados—incluso en el que no está con el «vestido nupcial»— pero hacen falta otras disposiciones de lealtad y entrega.

Los antiguos protestantes decían que este «vestido nupcial» que tenían los convidados de la alegoría, excepto el que va a ser expulsado, era la fe de tipo luterano. Es un contrasentido, pues en la alegoría se dice precisamente todo lo contrario. Como se trata del reino mesiánico, todos los que están en él están unidos a él. Y esta unión, como mínimo, es la unión al reino por la fe. Pero no basta esto. Para entrar definitivamente en él hace falta estar unido a él por otras disposiciones morales superiores a la fe (Mt 5,20; 7,23).

- 4) El mandar el rey que a este invitado que no tiene el vestido nupcial se le ate de pies y manos y se le arroje a las tinieblas exteriores; «allí habrá llanto y crujir de dientes», es la fórmula usual para describir el castigo del infierno (Mt 13,42.50). Procede de los profetas.

5) Esta entrada del rey en este festín mesiánico aparece como un acto judicial. Se trata del juicio final.

6) En esta perspectiva, los servidores que aparecen en esta alegoría, y a los que se encomienda el castigo del que no tiene el vestido nupcial, podría ser muy bien una personificación de los ángeles (Mt 13,41.49).

7) El que sólo haya entre los invitados de este banquete mesiánico una sola persona indigna de asistir a él no quiere decir que el número de los «elegidos» sea infinitamente mayor, ni aun siquiera mayor que el de los «réprobos». El tema de la alegoría no es enseñar el número de los elegidos, sino las disposiciones requeridas para asistir a él. Precisamente el contraste entre todos menos uno, hipérbole comparativa tan del gusto oriental, orienta a centrar la consideración en este sentido.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, Biblia Comentada, B.A.C., Madrid, 1964, pág. 474-482)